

Daimon. Revista Internacional de Filosofía, en prensa, aceptado para publicación tras revisión por pares doble ciego.

ISSN: 1989-4651 (electrónico) <http://dx.doi.org/10.6018/daimon.652021>

Licencia [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España \(texto legal\)](#). Se pueden copiar, usar, difundir, transmitir y exponer públicamente, siempre que: i) se cite la autoría y la fuente original de su publicación (revista, editorial y URL de la obra); ii) no se usen para fines comerciales; iii) si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Interpelado, asignatario, adonado y amante. El problema de la nominación del sujeto marioniano

Interloqué, receiver, gifted and lover. The issue of subject nomination in Marion's thought

EZEQUIEL D. MURGA¹

Resumen: Este artículo analiza las diferentes figuras propuestas por Jean-Luc Marion como sucesoras del sujeto metafísico, centrándose en los conceptos interrelacionados de interpelado, asignatario, adonado y amante. Mientras que muchos comentaristas interpretan estas figuras como una progresión jerárquica en la superación del sujeto, sostengo que su relación es más compleja, implicando momentos de sucesión, superposición e identificación. A través de una reconstrucción cronológica del pensamiento de Marion, demuestro que el interpelado y el adonado refieren a una misma figura conceptual, mientras que el asignatario es finalmente absorbido por el adonado. Finalmente, analizo al amante como un caso particular del adonado en el contexto de la reducción erótica. Este estudio cuestiona las interpretaciones lineales de la fenomenología de Marion y resalta la naturaleza fluida de la nominación del sujeto en su obra.

Palabras clave: subjetividad, fenomenología, Jean-Luc Marion, amante, adonado, donación.

Abstract: This paper analyzes the different figures proposed by Jean-Luc Marion as successors to the metaphysical subject, focusing on the interrelated concepts of the interloqué, the receiver, the gifted, and the lover. While many commentators interpret these figures as a hierarchical progression toward overcoming the subject, I argue that their relationship is more complex, involving moments of succession, overlap, and identification. Through a chronological reconstruction of Marion's thought, I demonstrate that the interloqué and the gifted refer to the same conceptual figure, while the receiver is ultimately absorbed into the gifted. Finally, I analyze the lover as a particular case of the gifted in the context of erotic reduction. This study challenges linear interpretations of Marion's phenomenology and highlights the fluid nature of subject nomination in his work.

Keywords: subjectivity, phenomenology, Jean-Luc Marion, lover, gifted, givenness.

Recibido: 27/02/2025. Aceptado: 21/07/2025.

¹ Profesor/investigador adjunto en la Universidad del Salvador (Argentina). Líneas de investigación: Fenomenología acontecimental, hermenéutica y Jean-Luc Marion. Últimos trabajos publicados: Murga, E.D. "La posibilidad de una horizontalidad no metafísica en Jean-Luc Marion", *Logos. Anales del seminario de Metafísica*, Vol. 57, nº 2. Murga, E.D. (2024); "Niveles de saturación y hermenéutica en la fenomenología de Jean-Luc Marion", *Invisto. Revista de fenomenología acontecimental*, Vol. 1, nº 1. ezequielmurga@gmail.com

1. Introducción

En una carta de 1986, Jean-Luc Nancy les preguntaba a los filósofos franceses más importantes de su época «¿*Quién viene después del sujeto?*» (Nancy, 1989). Una vez constatado el juicio generalizado de la filosofía contemporánea sobre el fin del sujeto moderno, Nancy sugiere la necesidad de avanzar hacia el pensamiento de un “alguien más” que venga a ocupar su lugar y, en este sentido, se pregunta

[...] si conviene asignar algo como una puntualidad, una singularidad o una *haecceidad* en tanto lugar de emisión, de recepción o de transición (del afecto, de la acción, del lenguaje, etc.), ¿cómo designar su especificidad? ¿O la pregunta misma debe ser reformulada —a menos que no haya, de hecho, lugar para plantearla? (Cadava, Connor, & Nancy, 1991, p. 5)

En su respuesta, Marion intenta pensar la posibilidad de un sujeto que supere la metafísica a partir de la fenomenología. Con ese objetivo, analiza si el *Dasein* en su formulación de *Sein und Zeit* logra sobrepasar al sujeto metafísico y, luego de responder negativamente, propone la figura del interpelado (*interloqué*). La crítica de Marion al *Dasein* y su propuesta superadora son retomadas en *Réduction et donation* y alcanza su formulación definitiva en Marion (1991): «Le sujet en dernier appel». Marion sugiere, a partir de esta nueva figura, pensar al sujeto desde la llamada que lo convoca y lo hace posible, es decir, desde la respuesta. De esta manera, el sujeto pasa del Yo nominativo y constituyente a un “me” que responde “heme aquí” a la llamada. Posteriormente, en *Étant donné*, las críticas al sujeto de la metafísica y la imposibilidad del *Dasein* de superar sus aporías son retomadas junto a la figura del interpelado y resignificados a partir de la fenomenología de la donación. De esta manera surgen dos nuevas figuras: el asignatario y el adonado. Finalmente, en *Le phénomène érotique*, Marion presenta la figura del amante que surge a partir de la reducción erótica en el encuentro amoroso de dos adonados. Como se puede observar, a la hora de proponer la figura que viene después del sujeto metafísico, Marion formula a lo largo de su obra diferentes figuras: el interpelado, el asignatario, el adonado y el amante.

Sin embargo, Marion no resuelve el modo en el que estas figuras se relacionan entre sí. Esto conduce a que los principales comentaristas propongan diversas hipótesis. Según Gschwandtner, Marion desarrolla su nueva versión de la subjetividad procediendo en diferentes niveles a los cuales les asigna diferentes nombres. En este sentido, el interpelado, el asignatario, el adonado y el amante

se organizarían en niveles jerárquicos en los cuales cada figura alcanza una versión superadora del sujeto hasta llegar al amante que «provee la más exitosa superación del sujeto metafísico» (Gschwandtner, 2007, p. 220). Mackinlay (2010) también sigue el orden cronológico de los nombres del sujeto en Marion y considera que hay un progreso hasta culminar en el adonado que integra todas las determinaciones anteriores. Por su parte, Roggero se detiene exclusivamente en la relación entre el asignatario y el adonado y sostiene que «el asignatario constituye, pues, el paso previo metodológicamente necesario para poder plantear y comprender la radicalidad de lo dado» (Roggero, 2019, p. 299). Filiz, en la misma línea, afirma que «dado que la noción más fundamental para la fenomenología de Marion es la donación, el adonado subsume los significados de los otros términos» (Filiz, 2024, p. 177). La mayoría de los intérpretes consideran que a cada “nombre” propuesto por Marion le corresponde una figura conceptual específica y que estas se organizan jerárquicamente. Sin embargo, a mi modo de ver, esta propuesta no termina de dar cuenta de la complejidad del tema. En efecto, considero que en los diferentes nombres que Marion propone para suceder al sujeto metafísico, no se encuentra un desarrollo lineal y jerarquizado, sino, más bien, diferentes nombres que por momentos se suceden, superponen o identifican.

Con este fin, propongo realizar un recorrido cronológico de los distintos nombres con los que Marion presenta su figura del sujeto, señalando sus principales características. Para, finalmente, sostener que no se suceden simplemente en un proceso lineal, sino que por momentos se superponen, identifican, derivan en una relación que da cuenta de la complejidad de lo dado.

2. El interpelado

El interpelado es la primera figura que encontramos en la obra de Marion. Aparece por primera vez en la respuesta a la pregunta de Nancy en el artículo «l’interloqué» (Marion, 1988) y es retomado en *Réduction et donation* (Marion, 1989) y en el artículo «Le sujet en dernier appel» (Marion, 1991). Sigo esta última versión a la que Marion mismo denomina su verdadera primera elaboración. Marion retoma la figura del revindicado encontrada en el segundo Heidegger y se detiene en la posibilidad de oír una llamada. La llamada es anterior a todo “yo” en la medida en que ella me reclama con anterioridad: «No he dicho aún “yo”, cuando ya la reivindicación me ha conminado, nombrado y aislado como “mi” (*moi*)» (Marion, 1991, p. 86). Antes de ser un yo, el sujeto que recibe la llamada responde ¡heme aquí!, volviéndose un “me” antes que un “yo”. Esto lo conduce a afirmar que «el nominativo deja paso a lo que —provisionalmente al menos— parece

un caso régimen» (Marion, 1991, p. 86). Marion diferencia el “me” que surge a partir de la reivindicación de las críticas clásicas al Yo trascendental. A diferencia de las propuestas de un yo empírico que terminan reforzando la necesidad de un polo trascendental y constituyente, el sujeto reivindicado por la llamada no necesita ninguna instancia de este tipo. Marion introduce así la figura del interpelado:

La reivindicación, al reivindicarme, reenvía a través de este hecho, a su interpelación originaria. La experiencia del me que yo me oigo decir no ofrece ninguna prueba de algún Yo trascendental venido del trasmundo, sino, en tanto que pura y simple experiencia, me afecta por su reivindicación y me asigna el estatuto de interpelado. (Marion, 1991, p. 86)

Marion determina la figura del interpelado a partir de cuatro caracteres: la convocación, la sorpresa, la interlocución, y la facticidad.²

En primer lugar, la convocación indica la pérdida de la autarquía y de la auto-affirmación del sujeto frente a la reivindicación a la que el sujeto se somete. A partir de la llamada, el sujeto se identifica desde una relación originaria que lo afecta. De esta manera, se invierte la jerarquía entre las categorías metafísicas, pasando a tener la prioridad la relación frente a la sustancia individual. En el interpelado, «la relación precede y produce la individualidad» (Marion, 1991, p. 87). Marion aclara que la relación frente a la cual la individualidad pierde su autarquía permanece anónima en la medida en que el otro polo de la relación es desconocido. Marion concluye, «mediante la convocación, el interpelado ciertamente se identifica, pero esta identificación, al afectarle, le escapa y le extasía fuera de toda autarquía auto-productora del *yo*. La convocación anula la subjeti(vi)dad en provecho de una identidad originariamente alterada» (Marion, 1991, pp. 87-88).

En segundo lugar, el interpelado se reconoce prendido (*pris*) y sor-prendido (*sur-pris*) por un éxtasis. Este contradice e invierte el éxtasis intencional y cognoscitivo al transmutar al Yo en un *me* que se reconoce dominado por una reivindicación incognoscible. La sorpresa produce una doble pérdida de conocimiento: por un lado, la pérdida de toda conciencia original de sí, y por el otro lado, la impotencia para conocer el polo originario de la llamada. Marion relaciona la sorpresa del interpelado con la descripción que Descartes hace de la admiración en las *Passions de l'âme*:

Cuando nos sorprende el primer encuentro con algún objeto y lo juzgamos nuevo o muy distinto de lo que conocíamos hasta ahora o bien de lo que suponíamos que debía ser, lo admiramos

² Los caracteres que determinan al interpelado han variado a lo largo de los desarrollos de Marion. En la primera versión, Marion (1988) señala solamente tres: la convocatoria, la sorpresa y la interlocución. Mientras que en *Réduction et donation*, son: convocatoria, sorpresa, identificación y facticidad (Marion, 1989, p. 302).

sorprendidos; y puesto que esto puede ocurrir antes de que sepamos que dicho objeto nos es conveniente o no, creo que la admiración es la primera de todas las pasiones. (Descartes, 1909, p. 373)

Sin embargo, a pesar de la semejanza con la sorpresa propia de la admiración, Marion se diferencia de Descartes, al señalar que la admiración sigue siendo aunque primera, una pasión del *ego*, y por lo tanto de un sujeto. La sorpresa marioniana, por su parte, busca describir una afección más originaria en tanto que anterior a toda subjetividad metafísica.

En tercer lugar, el interpelado se determina a partir de la interlocución. Sin embargo, no hay que entender que se trata de una situación ya dialógica en las que los interlocutores se relacionan en igualdad. Marion indica que el término es tomado del lenguaje jurídico antiguo y hace referencia a «hacer depender, por tanto, la cuestión de derecho de la cuestión de hecho» (Marion, 1991, p. 89). En términos fenomenológicos, según Marion, la interlocución opera una reducción fenomenológica: «en fenomenología se dirá que la interlocución opera una reducción: no a lo dado a la conciencia constituyente (Husserl) ni lo dado al *Dasein* (Heidegger), sino a lo puramente dado, tomado como tal» (Marion, 1991, p. 89). El yo al reducirse a la donación de un *me* ya no se comprende en nominativo (Husserl), genitivo (Heidegger), ni siquiera el acusativo (Levinas), sino según el dativo.

Finalmente, en cuarto lugar, el interpelado se caracteriza por la facticidad. En efecto, la llamada es un hecho siempre ya dado, ya acontecido y, por lo tanto, recibido. Es el hecho dado de la interpelación lo que asegura la facticidad del interpelado. Marion señala el carácter universal de la interpelación al punto de afirmar que nadie ha vivido nunca sin haber escuchado en algún momento una llamada. La facticidad de la llamada puede ser comparada con el fenómeno de la palabra. Para poder hablar primero se tuvo que haber recibido la palabra: «La primera palabra ha sido siempre ya oída antes de haberla podido pronunciar» (Marion, 1991, p. 89). Esta primera palabra que no es proferida por un Yo, sino recibida, no proporciona ningún saber, ni objeto, sino que solamente abre al don recibido, un don que me precede y por lo tanto del cual yo precedo. La anterioridad de la llamada con respecto al interpelado que procede de ella introduce una distancia entre el apelante y el apelado. Esta distancia refuerza el anonimato del apelante. A su vez, esto impide que el apelado alcance algún tipo de auto-posesión de sí-mismo. Por el contrario, la facticidad establece una diferencia originaria entre el *me* y el *yo* que hace que la ipseidad del interpelado sea originariamente la inautenticidad.

Marion finaliza el texto afrontando una última objeción del interpelado: «¿Quién o qué reclama al interpelado?» (Marion, 1991, p. 91). En efecto, parece necesario señalar a algo o alguien que se identifique con el apelante: el Otro, el Ser, la Vida, Dios. Sin embargo, Marion va a defender el anonimato de la llamada, sosteniendo que es justamente este anonimato el que permite confirmar la reivindicación misma: «*Yo me* reconozco interpelado antes de toda conciencia de mi subjeti(vi)dad, que precisamente resulta de esta convocación, todo conocimiento del apelante vendría a añadirse después a la reivindicación, lejos de deber precederla como un presupuesto» (Marion, 1991, p. 92). En el origen se encuentra la reivindicación misma antes de todo conocimiento que permitiera identificar la llamada y denominarla. Esto se debe a las características mismas de la reivindicación. Recordemos que la sorpresa impide al interpelado determinar al que llama. El anonimato es necesario para la sorpresa que ejerce la reivindicación. Por lo tanto, el anonimato es una condición de posibilidad de la reivindicación y del interpelado.

Posteriormente, Marion introduce un segundo argumento para sostener el anonimato de la reivindicación: el retraso de la llamada. En efecto, la llamada resuena antes de toda comprensión y toma por sorpresa a una conciencia no previamente despierta. Se introduce así la diferencia original. Marion afirma que lo que se encuentra en el origen es la distancia entre el acontecimiento de la llamada y el *me* sorprendido por la llamada. Es este retraso entre el interpelado y la llamada lo que instauro el origen como diferencia lo cual hace que la llamada haya dejado de resonar antes que el interpelado comience a escucharla. Es este retraso lo que mantiene el anonimato de la llamada. De aquí se desprende, según Marion, tres consecuencias.

La primera consecuencia es que la llamada —anterior y diferenciadora— constituye aquello que Marion denomina el pre-nombre que no constituye ningún nombre, sino a la llamada que «lo da, lo anuncia y lo instauro» (Marion, 1991, p. 94). El pre-nombre es lo que permite y asegura la posibilidad de apropiación de mi propio nombre. La segunda consecuencia es que el *mi/me* proviene de una llamada de origen desconocido. La propiedad no proviene del nombre, sino del pre-nombre. Por lo tanto, el Yo depende del *mi*: «el *yo* no aparece más que como una neutralización diferida de la diferencia originaria (la de la convocación), como una abstracción superficial, como un rechazo táctico de la reclamación diferenciadora» (Marion, 1991, p. 94). Luego, lo verdaderamente propio consiste en el hecho de saberse llamado, de admitir la inautenticidad y la distancia de la llamada que convoca y que sorprende: la vocación. Marion recuerda la etimología

latina del término *Vocatus*, invocado y provocado. Finalmente, la tercera consecuencia es que lo único propio del interpelado que puede respetar la distancia de la llamada que instaura el pre-nombre es el responsorio (*répons*). Marion entiende este concepto como «el retomar por el interpelado mismo la llamada (convocación), de tal forma que lo que le adviene en el modo de la diferencia (sorpresa) se encuentra de nuevo reconocido, admitido y repetido por él como algo tanto más auténtico cuanto que adviene según una esencial inautenticidad» (Marion, 1991, pp. 94-95). El responsorio repite lo que dice la llamada, es decir, repite la inautenticidad originaria apropiándose. No se trata de alcanzar una igualdad del *yo* al *yo*, ni siquiera del *mi* al *yo*; sino de tomar la inautenticidad y apropiarla.

3. El asignatario

Posterior a la figura del interpelado, Marion (1997) introduce en *Étant donné*, el asignatario (*attributaire*). El tema de la subjetividad es abordado en el “Libro V” de la obra, titulado “el adonado”. Allí, el asignatario aparece desde el comienzo como aquel que viene después del sujeto. Marion, luego de haber desarrollado las determinaciones del fenómeno en tanto que dado y haber introducido la graduación de los fenómenos y la posibilidad de la saturación, sostiene que al darle la iniciativa al sí del fenómeno el sujeto debe pensarse también a partir de la donación. En efecto, si el fenómeno se da para mostrarse, hace falta designar aquello a lo que o a quién el fenómeno se da, y sin lo cual no podría aparecer. El destinatario de la donación es nombrado por Marion como el asignatario. Esta figura del sujeto se opone y sucede a lo que la metafísica entiende por sujeto. Esta oposición se verifica en que el asignatario viene después del fenómeno, mientras que el sujeto lo prevé y provoca. Esto se debe a que el «asignatario en cuanto tal ya no puede pretender, ni poseer, ni producir el fenómeno» (Marion, 1997, p. 344). A diferencia del sujeto metafísico, no mantiene una relación de posesión con el fenómeno, sino de beneficiario.

Sin embargo, Marion sugiere una posible objeción, de origen metafísico, a la figura del asignatario. El sujeto metafísico asegura la fenomenicidad del fenómeno al, siguiendo la expresión de Kant, acompañar todas las representaciones a partir del «Yo pienso». Marion se cuestiona si el asignatario puede todavía asegurar la posibilidad de la fenomenicidad teniendo en cuenta que ya no hay un *yo* que sintetiza lo diverso de la intuición en un acto de la espontaneidad del entendimiento. Si bien Marion admite que ningún fenómeno, incluso los fenómenos saturados (aunque de manera confusa), escapa a la representación no considera que el acompañamiento de la

representación deba realizarse a partir del yo pienso (es decir, la espontaneidad del pensamiento). Por el contrario, plantea la posibilidad de que el acompañamiento se realice a partir de un Yo siento desde la afección de la sensibilidad. De nuevo, volviendo a Kant, Marion se pregunta

¿Por qué la representación que acompaña la fenomenicidad no podría *también* consistir en la receptividad de la sensibilidad respecto a la intuición? ¿No debería consistir *de entrada* en esa representación sensible, puesto que precisamente para el propio Kant sólo la intuición se beneficia del privilegio de la donación? (Marion, 1997, p. 346)

Marion asegura que alcanza la receptividad de la sensación para asegurar las «presentaciones a...» y, por lo tanto, pensar el acompañamiento de la representación a partir de un «yo soy afectado» en vez de un «yo pienso». La prioridad que Kant le otorga a la espontaneidad del pensamiento frente a la sensibilidad y, en consecuencia, al Yo frente al asignatario, se debe a asignarle al pensamiento un carácter originario. Sin embargo, Marion señala que la unidad sintética del pensamiento depende y supone la posibilidad de la apercepción de lo diverso en la sensibilidad que recibe la donación. Marion propone entonces invertir la jerarquía y sostener que en metafísica el Yo ejerce la función originaria como un «yo soy afectado», es decir, como un asignatario. Este sigue siendo, según Marion, «un “sujeto”, pero liberado de toda subjetividad porque libre de entrada de la subjetividad y liberado de todo sustrato» (Marion, 1997, p. 361).

Ahora bien, si el asignatario —a diferencia del sujeto metafísico— no se comprende a partir de un sustrato, la cuestión a resolver es desde dónde le adviene aquello que lo instituye como un asignatario. Marion afirma que formalmente la respuesta es que «lo que se da se muestra y el fenómeno dado hace surgir el asignatario adviniéndole» (Marion, 1997, p. 361). Sin embargo, la facilidad de la respuesta formal se contrapone con la dificultad de la descripción fenomenológica, lo que lo lleva a Marion a proponer una descripción en dos etapas: «describiremos el nacimiento del asignatario, en primer lugar, a partir del fenómeno dado en tanto que tal; luego, lo describiremos a partir del fenómeno dado en tanto que saturado» (Marion, 1997, p. 361). En esta segunda etapa, Marion introduce una nueva figura de la subjetividad: el adonado.

El primer paso consiste entonces en describir el asignatario a partir de un fenómeno que se da. Marion decide utilizar como guía la descripción del trozo de cera de Descartes. A diferencia de Descartes que considera que el trozo de cera se da a partir de la extensión, la figura y la cantidad en una intuición pobre que permite definirlo pero no verla, Marion señala que la cera se da de entrada y sobre todo mostrándose al sentimiento:

La cera —antes de y sin su modelización ni su cuantificación por las naturalezas simples— se da de entrada y sobre todo mostrándose al «sentimiento»: se da a ver estrictamente (con un color que varía del amarillo al rojo), pero también se da al tacto (pasando del frío al calor), se oye (pasando del sonido seco al deslizamiento silencioso), incluso se puede degustar y oler (sabor y olor a miel); en definitiva, se manifiesta según la inmediatez de lo sensible, es decir, la de mis cinco sentidos. (Marion, 1997, p. 363)

Marion se pregunta qué yo interviene en la recepción de la cera. No se puede tratar de un *ego* constituyente como lo piensan Descartes o Kant, sino del receptor de la multiplicidad de lo sensible. Este sujeto se caracteriza por el privilegio fenomenológico de recibir la manifestación de lo que se muestra. Así, Marion llega a la función central del asignatario: recibir lo que se da, pero entendiendo que recibir significa «realizar la donación transmutándola en manifestación, permitiendo que lo que se da se muestre a partir de sí» (Marion, 1997, p. 364). La receptividad supera la distinción metafísica entre pasividad y actividad y permite precisar dos caracteres del asignatario. El primero de ellos, es la transformación de la donación en manifestación, es decir, permitir que lo que se da se muestre. El asignatario le da su primera forma a la donación en la manifestación. Marion compara esta función con un prisma o filtro que hace surgir la primera visibilidad sin producirla:

Un tal filtro define así una función: manifestar lo que se presenta (se da) y que, empero, debe introducirse aún en presencia del mundo (mostrarse); esta función caracteriza aquí sin sorpresas el polo-conciencia (o como quiera llamarse), tal y como éste trata con lo abierto fenomenológico donde debe mostrarse lo dado. (Marion, 1997, p. 364)

El segundo carácter del asignatario es que no precede a lo que muestra, sino que resulta de ello. El asignatario surge en el mismo impacto de lo que se da: «Sólo el impacto de lo que se da hace surgir, de un solo y mismo golpe, el rayo que hace estallar su primera visibilidad y la pantalla misma en la que se estrella» (Marion, 1997, p. 365).

4. El adonado

Luego de describir la figura del asignatario como aquel que muestra lo que se da y se recibe de lo que recibe, Marion se pregunta por el caso donde el fenómeno que se reciba sea un fenómeno saturado. Introduce así la siguiente figura de la subjetividad:

Si el asignatario se determina como un pensamiento que transforma lo dado en manifiesto y se recibe de lo que recibe; si, en definitiva, nace del surgimiento mismo del fenómeno en tanto que dado, es decir, de lo dado ejerciendo el simple impacto de su acontecimiento, ¿qué sucederá cuando surja un fenómeno dado en tanto que saturado? Radicalizándose, el impacto se convertirá entonces en *llamada* y el asignatario, en *adonado*. (Marion, 1997, p. 366)

El adonado —la tercera figura de la subjetividad presentada por Marion— es introducido en *Étant donné* como el sujeto que surge a partir de la llamada. Esta ya había sido trabajada hacia el final de *Réduction et donation*, pero en la obra de 1997, Marion relaciona el concepto de llamada con los fenómenos saturados afirmando que: «la llamada caracteriza de hecho todo fenómeno saturado en cuanto tal» (Marion, 1997, p. 368).

A la hora de caracterizar al adonado, Marion repite —casi de manera idéntica— los cuatro rasgos con los que la llamada despliega al asignatario: la convocación, la sorpresa, la interlocución y la facticidad.³ Posteriormente, Marion da una definición formal del adonado a partir de tres caracteres:

Formalmente, entendemos por “adonado” una figura de lo que viene después del “sujeto” y que se distingue por tres caracteres concretos. I) El adonado se expone solamente a lo que se muestra en tanto que se da (fenómeno en general), sino más esencialmente a una paradoja (fenómeno saturado), de la que recibe una llamada y una llamada innegable. II) El adonado, dejando surgir sin reserva lo dado, lo recibe tan radicalmente (asignatario) que extrae además la donación en cuanto tal: se erige pues como lo único dado en el que se despliega de manera evidente el pliegue de la donación. III) El adonado, librándose sin restricciones a la donación hasta el punto de liberarla en cuanto tal, alcanza finalmente su última determinación —recibirse él mismo recibiendo lo dado desplegado por él según la donación. (Marion, 1997, p. 390)

Sin embargo, señala Marion que la descripción formal del adonado es insuficiente ya que deja sin resolver la articulación de lo dado con el adonado. Para describir esta articulación, Marion realiza un análisis del cuadro *la vocación de san Mateo* de Caravaggio a partir del cual concluye que «la llamada sólo se da fenomenológicamente mostrándose de entrada en una respuesta» (Marion, 1997, p. 393). La relación entre la llamada y la respuesta le permite a Marion describir nuevos rasgos del adonado. En primer lugar, Marion retoma las imágenes de la pantalla y el prisma y explicita que es la respuesta la que realiza esa función de manifestación. Respondiendo, el adonado hace visible la llamada, «permite ver la llamada aceptándola en su propia visibilidad, manifiesta el *a priori* en el prisma de su *a posteriori*. Lo que se da (la llamada) deviene fenómeno —se muestra— por medio de eso que le responde y lo pone así en escena (el adonado)» (Marion, 1997, pp. 396-397). Para la segunda característica, Marion vuelve sobre la facticidad que había utilizado para describir al asignatario/interpelado y el fenómeno de la palabra que lo caracterizaba. La relación entre llamada y respuesta resuelve el modo en que una palabra puede ser oída antes de

³ Una de las diferencias más notables es el abandono de la caracterización de la interlocución como una reducción fenomenológica que se encuentra presente en la versión de 1991.

ser dicha. Finalmente, la tercera característica es la prolepsis que se establece entre la llamada y la respuesta. La llamada se da de entrada, pero sólo se fenomenaliza en la respuesta de lo que resulta que ella es fenomenológicamente primera. Esta diferencia introduce dos temporalidades. Desde el punto de vista del adonado la respuesta es primera aunque la llamada sea originaria.

El adonado se retrasa a partir del responsorio de la llamada y esto se plasma, según Marion, en tres rasgos: La inautenticidad, el nombre propio y la responsabilidad. Los dos primeros rasgos repiten características que Marion ya había esbozado en ocasión del interpelado a las que ya me he referido anteriormente, por lo que me detengo exclusivamente en la responsabilidad. Marion sostiene la existencia de una responsabilidad fenomenológica del adonado frente a la llamada que fundamenta todo otro tipo de responsabilidad: «La responsabilidad —entendida como la propiedad que obliga a un «sujeto» jurídico a responder de sus actos y, a un «sujeto» ético a responder a lo que exige el rostro del Otro (a encararlo en cuanto tal)— puede deducirse de la figura más general del responsorio de un adonado a una llamada» (Marion, 1997, p. 404). Marion sigue en este punto a Levinas en su idea de una responsabilidad para con el Otro como constitución de la subjetividad. Sin embargo, se diferencia de él al ampliar la responsabilidad más allá del rostro del Otro e incluir todos los fenómenos saturados y la fenomenicidad en general.

En el §29 “la voz sin nombre”, Marion presenta una última objeción a su propuesta del adonado a partir del esquema de la llamada y la respuesta: si el adonado surge y responde a una llamada hay que preguntarse: «¿Quién o qué convoca, invoca o sorprende al adonado?» (Marion, 1997, p. 409). A su vez, esta cuestión despierta una doble sospecha. En primer lugar, sostener la existencia de alguien que realice la llamada corre el riesgo de reintroducir un principio metafísico. La segunda sospecha es la de terminar reduciendo al adonado al rango de algo dado regionalmente, derivado. Para responder a esta cuestión, Marion utiliza dos argumentos. El primero es defender el anonimato de la llamada como ya lo había hecho —nuevamente— en los textos anteriores. Sin embargo, Marion introduce en esta versión algunas novedades en el argumento. En *Étant donné*, se reconoce la posibilidad de nombrar la llamada desde el responsorio. Sin embargo esta nominación es *a posteriori*, debido al retraso del responsorio, se realiza a riesgo del adonado: «Lo que se da (llamada) en un primer momento no se muestra todavía, resultando en consecuencia anónimo; sólo se muestra si el adonado lo convierte en un fenómeno (responsorio), en el que se visibiliza y recibe eventualmente un nombre» (Marion, 1997, p. 412). Este anonimato abre también

la historicidad del adonado. El responsorio no alcanza nunca a decir y nombrar a la llamada ya que la respuesta no puede nunca anular el retraso originario de la llamada. Lo que se muestra no puede pretender agotar lo que se da. Esta distancia y retraso abre la historicidad: «La historia del adonado no consiste más que en la serie ininterrumpida, pero finalmente suspendida de responsorios» (Marion, 1997, p. 418). El segundo argumento es que el adonado permanece en la inmanencia dado que le responde a la llamada «a partir de una reducción a la inmanencia pura de la donación» (Marion, 1997, p. 419). En efecto, tanto la donación como la mostración se ponen en juego en la inmanencia del adonado al punto de que «el responsorio no sabe lo que dice antes de decirlo, como tampoco ve nada antes de donarse» (Marion, 1997, p. 419). Para explicar esta situación, Marion invierte el principio metafísico que sostiene que la voluntad sigue aquello que el entendimiento le presenta. Esta posibilidad de ver un fenómeno antes de quererlo sólo se realiza en el esquema de Marion en los fenómenos pobres; sin embargo, en el resto de los fenómenos se debe primero quererlos para verlos. De esta manera, se invierte el principio metafísico y el entendimiento sigue la inclinación de la voluntad. Para poder ver el fenómeno, debemos primero quererlo: «La decisión de responder, de recibir pues, precede a la posibilidad de ver y, por tanto, de concebir» (Marion, 1997, p. 420). El adonado se descubre con la tarea de decidir si recibe o deniega lo dado. En palabras de Marion, «el adonado, en tanto que finito, no tiene ni más ni menos que la pesada tarea de abrir o cerrar el flujo entero de la fenomenicidad» (1997, p. 422).

5. El amante

Queda por describir la última figura de la subjetividad que encontramos en Marion: el amante. Recordemos que en el prólogo de *Étant donné*, Marion planteaba la pregunta sobre la posibilidad de que aquello que se da sea otro adonado, es decir, una situación de interdonación. Esta posibilidad es desplegada por Marion en *Le phénomène érotique* (2003) donde presenta la reducción erótica y, junto a ella, la figura del amante. El tema de la subjetividad es central en la obra, al punto que Gschwandtner afirma, «es el objetivo explícito de Marion hablar de un sujeto erótico en vez de un sujeto metafísico o cartesiano tradicional» (Gschwandtner, 2007, p. 220). La reducción erótica que propone Marion a partir de su primera formulación —¿me aman desde otra parte?— «afecta al *ego* en lo más íntimo, destituyéndolo definitivamente de toda auto-producción en la certeza y en la existencia» (Marion, 2003, p. 49). La pregunta de la reducción me saca del horizonte del yo y de la existencia para introducirme en el horizonte del amor: «Al preguntar si me

aman desde otra-parte, ya ni siquiera debo interrogarme sobre mi seguridad: entro en el reino del amor donde recibo inmediatamente el papel de quien puedo amar, al que podemos amar y que cree que debemos amarlo: el *amante*» (Marion, 2003, p. 50). La nueva figura del amante se opone al *cogito* porque cambia la búsqueda de certeza por seguridad; porque pasa de la pregunta ¿soy? A la de ¿soy amado?; porque no es en tanto que piensa, sino en tanto que lo aman. Sin embargo, la primera formulación de la reducción erótica no logra alcanzar la seguridad buscada y es necesario pasar a la segunda formulación: ¿puedo amar, yo primero? La segunda formulación permite alcanzar la ipseidad insustituible en el acto de amar:

No me convierto en mí mismo cuando pienso, ni cuando dudo o imagino solamente, puesto que otros pueden pensar mis pensamientos, que además la mayoría de las veces no me conciernen a mí sino al objeto de mis intencionalidades; ni cuando quiero deseo o espero, porque nunca sé si intervengo en primera persona o solamente como la máscara que oculta (y que soportan) las pulsiones, pasiones y necesidades que actúan en mí sin mí. Pero me convierto definitivamente en mí mismo cada vez y durante el tiempo que, como amante, puedo amar primero. (Marion, 2003, p. 125)

Marion aclara que este amar yo primero que me constituye en mi ipseidad no necesita realizarse efectivamente, sino que alcanza con la decisión de amar. Incluso, Marion da un paso más al afirmar que sólo me enamoro si he decidido amar con antelación. Esta decisión realiza el temple anímico del enamoramiento como una auto-afección que funciona como una intuición sin significación. Esta es dada por el juramento del “¡Aquí estoy!” que unifica dos intuiciones en una única significación. Marion se adelanta a una posible objeción del juramento: su carácter formal y deíctico que no alcanzaría una individualización. Frente a esto, Marion propone tres lugares en los que el amante se individualiza: por un deseo propio; por el deseo de eternidad y por la pasividad. En este punto, el amante parece retomar características del adonado: «Como amante, me dejo estampar el sello de lo que me adviene a tal punto que al recibirlo como la marca del otro, también me recibo a mí mismo» (Marion, 2003, p. 175). La individualización se realiza a partir de una triple pasividad. La primera pasividad se desprende del juramento en tanto que me hace depender de otro. La segunda pasividad es el avance mismo. En el avance mismo todavía no se encuentra presente el fenómeno del otro, sino que se encuentra solamente una intuición sostenida por la decisión de amar. Esta decisión hace surgir una intuición pasiva. Finalmente, la tercera pasividad es el asumir riesgos a partir del avance. En efecto, el pasaje de ¿me aman? A ¿puedo amar, yo primero? Sólo puede ser realizado por mí e implica arriesgarme a mí mismo. Marion afirma que

el riesgo consiste en deshacerme de la actividad de un *ego*, que se plantearía mediante su identidad consigo mismo, su representación de sí mismo, su exigencia de amarse a sí mismo o de hacerse amar por sí mismo, a fin de convertirme en amante sin garantía de devolución: amar sin saberse amado, hacerse reconocer sin que uno reconozca nada. (Marion, 2003, p. 177)

La pasividad propia del avance del amante se realiza, finalmente, en la pasividad de la carne.

Marion retoma en este punto la ya clásica distinción fenomenológica entre la carne y el cuerpo. La pasividad de la carne es la que permite y hace posible la experiencia de todo otro fenómeno, al punto que «sólo la auto-afección [de la carne] torna posible la hétero-afección» (Marion, 2003, p. 181). Por lo tanto, mi carne me abre al mundo y realiza mi individuación. Sin embargo, la descripción que Marion realiza del fenómeno de la carne no alcanza para definir al amante. En el caso del fenómeno erótico, nos encontramos con un caso ejemplar que es el encuentro de la carne no con un objeto del mundo, sino con otra carne. El pasaje de la percepción de un objeto del mundo a la percepción de otra carne, Marion lo comprende como el fenómeno del desnudo que erotiza mi carne. Claramente, no nos referimos al desnudo del cuerpo físico, como en el caso del desnudo médico en el que no se revela una carne, sino un objeto. La carne del otro se fenomenaliza dejándose sentir. En esa experiencia se da un cruce de las carnes en el que compruebo en mi propia carne que la carne del otro me siente. Cuando mi carne se encuentra con un objeto físico experimento la resistencia que me expulsa de su espacio, pero cuando me encuentro con otra carne siento que no me resiste, que me hace lugar, que se abre. De esta manera, descubro que no se trata de un objeto, sino de otra carne. A diferencia del mundo que me comprende dentro de sí y me hace finito en su finitud, la carne del otro me abre un lugar, su lugar: «Al entrar en carne ajena, salgo del mundo y me convierto en carne dentro de su carne, carne *de* su carne» (Marion, 2003, p. 188). Marion concluye que, a partir de la erotización, la carne del otro me da mi propia carne. Es este movimiento, en el que recibo mi carne del otro, lo que vuelve al amante en un adonado: «La carne en adelante erotizada profundamente, más allá de lo que puede hacer e incluso de lo que no puede hacer, realiza al amante como un adonado —aquel que se recibe a sí mismo por lo que recibe y que da lo que no tiene» (Marion, 2003, p. 190). Finalmente, me termino recibiendo del otro que me da mi carne y junto a ella mi identidad más propia: «¿Quién soy? El ser no tiene nada que responder ante esta pregunta, ni tampoco el ente en mí. Dado que soy en tanto que amo y que me aman, sólo otros podrán responderla. Finalmente me recibiré del otro como nací de él» (Marion, 2003, p. 301).

6. Identificación, especificación y absorción

Una vez presentados y descritos los distintos nombres con los cuales Marion refiere a aquel que debe venir después del sujeto, resta la tarea de identificar el modo en el que estos nombres se relacionan entre sí. En primer lugar, la figura del interpelado y el adonado parecen identificarse en Marion y, por lo tanto, no se podría sostener que fuesen niveles de subjetividad diferentes. El solapamiento entre las dos figuras se puede verificar en una coincidencia textual y en una conceptual. En *Étant donné*, Marion va a igualar textualmente ambas figuras: «La llamada en cuanto tal se basa entonces, sin otra identificación de origen (véase §29), para suscitar al interpelado, así pues al adonado» (Marion, 1997, p. 367). Esta equivalencia se repite a lo largo de toda la descripción del adonado en la que Marion utiliza «adonado» e «interpelado» como sinónimos.⁴ Desde el punto de vista conceptual, las características con las que Marion describe al adonado en *Étant donné* repiten casi textualmente las descripciones del interpelado en los textos anteriores. En efecto, en el apartado titulado «l'adonné» del §26 de *Étant donné*, Marion describe al adonado repitiendo las mismas características que le había asignado al interpelado: «Nace así el adonado, al que la llamada hace sucesor del 'sujeto', como aquel que se recibe enteramente de lo que recibe. La llamada lo instituye según los cuatro rasgos de su propia manifestación: la convocación, la sorpresa, la interlocución, la facticidad (individuación)» (Marion, 1997, p. 369). Se puede concluir que el interpelado y el adonado no describen dos figuras diferentes de la subjetividad, sino que son dos nombres para una misma figura. Ahora bien, ¿a qué se debe esta doble denominación? Marion prioriza el uso de “interpelado” cuando la descripción fenomenológica se ubica en la relación entre la llamada y la respuesta, mientras que “adonado” es utilizado en relación con la donación.

En segundo lugar, el amante es presentado por Marion como un caso específico del adonado. Al finalizar *Étant donné*, Marion ya adelantaba la necesidad de profundizar el caso particular de la inter-donación en el que un adonado se da a otro adonado (1997, p. 443) y en el «Prólogo» a la traducción española —publicado después de *Lé phénomène érotique*— Marion señala

⁴ A partir de la página 369, Marion (1997) utiliza interpelado como sinónimo de adonado. De manera similar, en Marion (2016), el sujeto es descrito como «descentrado, segundo e interpelado, en resumen con el estatuto de adonado» (p. 142).

La reducción erótica proviene de la reducción a lo dado y la específica. La última página de *Siendo dado* ya lo indica claramente: el fenómeno como dado desemboca en el adonado —la figura del *ego*, como ya explicaremos, de tal manera que él mismo se recibe de lo dado que recibe—. No obstante, ese adonado se cumple la mayoría de las veces en la recepción de un fenómeno que se ha dado a él, pero que no tiene el rango de adonado [...]. Queda pues abierta una última posibilidad: un adonado que se recibiría en la recepción de algo dado precisamente del tipo de adonado. (Marion, 2008, p. 14)

Cuando el adonado se da y se recibe de otro adonado, surge el amante como un caso específico de este: «[...] en tanto que amante (es decir adonado a otro adonado), me recibo de la carne de otro» (Marion, 2003). El amante no se presenta, entonces, como una nueva figura de la subjetividad, sino como una declinación del adonado en el caso específico de la inter-donación.

Finalmente, en tercer lugar, se encuentra la relación entre el adonado y el asignatario. El vínculo entre las dos figuras resulta el más complejo y enigmático en la medida en que parece darse un proceso de diferenciación, asimilación y absorción. Marion introduce al asignatario de la siguiente manera:

¿Desde dónde surge el asignatario o —lo que es lo mismo— de dónde le adviene lo que, dándose, lo instituye cómo asignatario? Formalmente, la respuesta no deja lugar a dudas: lo que se da se muestra y el fenómeno dado hace surgir al asignatario adviniéndole. Se trata pues simplemente de describir esta escena, en la que *nace* al fin lo que viene después del “sujeto” —es decir, que admite finalmente no poder ni deber autoconstituirse por *cogitato sui* o *causa sui*, sino recibirse del fenómeno dado y sólo de él. Sin embargo, esta descripción presenta bastantes dificultades y, por ello, la articularemos en dos momentos: describiremos el nacimiento del asignatario, primero, a partir del fenómeno dado en tanto que tal (siguiendo el Libro III); seguidamente, lo describiremos a partir del fenómeno dado en tanto que saturado (siguiendo el Libro IV, §23). Podremos así alcanzar su última denominación, la del *adonado*. (Marion, 1997, p. 361)

El asignatario y el adonado se diferenciarían a partir del tipo de dado que los convoca. Mientras que el asignatario surge frente al fenómeno dado en general, el adonado surgiría en los casos específicos en los que aquello que se da constituye un fenómeno saturado. Esta diferencia se repite en otro fragmento:

Si el asignatario se determina como un pensamiento que transforma lo dado en manifiesto y se recibe de lo que recibe; si, en definitiva, nace del surgimiento mismo del fenómeno en tanto que dado, es decir, de lo dado ejerciendo el simple impacto de su acontecimiento, ¿qué sucederá cuando surja un fenómeno dado en tanto que saturado? Radicalizándose, el impacto se convertirá en *llamada* y el asignatario, en adonado. (Marion, 1997, p. 366)

De esta manera, asignatario, adonado y amante se clasificarían por el grado y modo de lo dado: el asignatario para lo dado en general, el adonado para los fenómenos saturados y el amante para otro adonado, mientras que el interpelado funcionaría como sinónimo de adonado al acentuar la

estructura de la llamada y la respuesta. Sin embargo, esta interpretación se enfrenta a una objeción: Marion abandona hacia el final de *Étant donné*, y en todos los textos posteriores, el uso de “asignatario”.⁵ Esto parece favorecer la tesis de Roggero (2019) según la cual, el asignatario sería un paso previo metodológico para alcanzar el adonado, pero abandonado a su suerte una vez cumplido su objetivo. El abandono se realiza a partir de un procedimiento de asimilación y absorción. En el §28 de *Étant donné*, Marion recapitula los análisis anteriores y define al adonado:

Formalmente entendemos por “adonado” una figura de lo que viene después del “sujeto” y que se distingue por tres caracteres concretos. I) El adonado se expone no solamente a lo que muestra en tanto que se da (fenómeno en general), sino más esencialmente a una paradoja (fenómeno saturado), de la que recibe una llamada y una llamada innegable. (Marion, 1997, p. 390)

Marion retoma la distinción anterior en la cual el asignatario se exponía al fenómeno dado en tanto que tal, mientras que el adonado al fenómeno saturado en particular. Sin embargo, en esta versión, ambas figuras son absorbidas por el adonado quedando a cargo del pasaje de lo que se da a lo que se muestra en general y de entregarse por completo a la llamada de los fenómenos saturados. De esta manera, la especificidad del asignatario desaparece al ser asumida por el adonado. A partir de este momento, Marion no vuelve a mencionar al asignatario, nombrando siempre a aquel que viene después del sujeto como adonado.

Podemos concluir entonces que el interpelado y el adonado se identifican completamente en Marion, siendo dos nombres para una misma función. Por otro lado, el amante es un caso específico del adonado que aparece cuando este se entrega a otro adonado. Finalmente, el asignatario y el adonado se distinguen inicialmente a partir del grado de aquello que reciben y, por lo tanto, constituyen dos figuras diferentes de la subjetividad. Sin embargo, Marion termina absorbiendo la figura del asignatario dentro del adonado. Ahora bien, este último desplazamiento no es explicitado ni justificado fenomenológicamente por Marion.

⁵ Parece sólo volver a aparecer en una cita textual de *Étant donné* en donde es usado como sinónimo de adonado en Marion (2016, p. 41).

Referencias bibliográficas

- Cadava, E., Connor, P., & Nancy, J.-L. (Eds.). (1991). *Who comes after the subject?* New York: Routledge.
- Descartes, R. (1909). Passions de l'ame. En P. Tannery & C. Adam (Eds.), *Oeuvres de Descartes* (Vol. 11). Paris: J. Vrin.
- Filiz, K. (2024). *Event and Subjectivity: The Question of Phenomenology in Claude Romano and Jean-Luc Marion*. BRILL. <https://doi.org/10.1163/97890004689541>
- Gschwandtner, C. (2007). *Reading Jean-Luc Marion. Exceeding Metaphysics*. Bloomington: Indiana University Press.
- Mackinlay, S. (2010). *Interpreting Excess. Jean-Luc Marion, Saturated Phenomena, and Hermeneutics*. New York: Fordham University Press.
- Marion, J.-L. (1988). L'Interloqué. *Topoi*, 2(7), 175-180.
- Marion, J.-L. (1989). *Réduction et donation. Recherches sur Husserl, Heidegger et la phénoménologie* (2°). Presses Universitaires de France.
- Marion, J.-L. (1991). Le sujet en dernier appel. *Revue de Métaphysique et de Morale*, 96(1), 77-95.
- Marion, J.-L. (1997). *Étant Donné. Essai d'une phénoménologie de la donation*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Marion, J.-L. (2003). *Le phénomène érotique. Six méditations sur l'amour*. Paris: Grasset.
- Marion, J.-L. (2008). *Siendo dado. Ensayo para una fenomenología de la donación* (J. Bassas-vila, Trad.). Madrid: Síntesis.
- Marion, J.-L. (2016). *Reprise du donné*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Mena Malet, P. (2015). El fenómeno de la apelación. *Co-herencia*, 12(23), 107-137. <https://doi.org/10.17230/co-herencia.12.23.5>
- Nancy, J.-L. (1989). Présentation. *Cahier Confrontation «Après le sujet qui vient»*, (20).
- Roggero, J. L. (2019). *Hermenéutica del amor. La fenomenología de la donación de Jean-Luc Marion en diálogo con la fenomenología del joven Heidegger*. Buenos Aires: SB Editorial.